



Carta a jóvenes artistas III

MARTHA CHAPA

Queridos lectores, creo que el año que cierra, como el que da inicio, nos dan la oportunidad de evaluar lo que hemos realizado y al propio tiempo nos convocan a prepararnos para dar más y mejor de nosotros mismos en todos los sentidos y así ingresar en una nueva etapa con esperanzas renovadas. Por lo pronto, yo continúo con el compromiso de compartir algunas reflexiones en torno al arte, esperando sean de utilidad para las nuevas generaciones que se están preparando para enfrentar los difíciles pero fascinantes retos de las artes plásticas. En esta ocasión trataré de abordar las tendencias que se registraron en el siglo pasado y lo que parece perfilarse en el actual.

De hecho, en el pasado reciente se impusieron diversas escuelas, desde el neoclásico hasta el cubismo o el abstracto, pero con ciertos matices. Así, por ejemplo, en el caso del arte abstracto podemos preguntarnos: ¿es la representación de la libertad final de los esquemas y exigencias artísticas de Occidente o se trata meramente de una expresión más de arte, que a su vez llegará a representar otro convencionalismo? Ernest H. Gombrich, en su libro *Arte e ilusión*, opina que la historia del arte de Occidente puede resumirse como la historia de las percepciones en las que el arte lucha por mimetizar una realidad anticipada. Considera, sin

embargo, que pronto se volvió plano, sin lograr explicar las causas. Quizá los pintores modernos quisieron liberarse de las reglas establecidas por el enfoque de distintas dimensiones, llamado realista, y explorar las dos dimensiones de manera tradicional inherente al medio de la pintura. Aunque con esto surgió otra manera de entendimiento: la del arte abstracto. Si bien éste fue importante en el desarrollo histórico de la pintura de Occidente, considero que ha llegado la hora de retornar al arte figurativo. Es decir, un estilo artístico mediante el cual podamos volver a una realidad de experiencias inmediatas.

La pintura es precisamente un medio destinado a una gran tarea: la comunicación. No en forma científica, sino personalísima, subjetiva, mediante la expresión de sentimientos, emociones e ideas. De tal manera, el arte plástico debe analizarse a la vez desde un punto de vista estructural, estético y hasta ético, por supuesto incluyendo factores sociales.

La vida en todos sus aspectos y en todas las etapas de su historia se concibe a través de un vasto mundo imaginario, que abarca elementos naturales y convencionales. El primero se entiende como una asociación directa con la realidad. En otras palabras, no está normado por la cultura, ya que corresponde a una representación de carácter ilusorio y por ello depende de su relación mimética con sus antecedentes. Por ejemplo,

una imagen de un árbol, siempre y cuando se parezca naturalmente a un árbol, va a denotar un árbol.

Todo parece indicar que ha llegado la hora de volver los ojos hacia la fórmula mediante la cual regresamos a la realidad, entre otras alternativas, pues la modernidad justo se puede definir por la aceptación de todos los estilos, y su yuxtaposición.

Por otra parte, los signos convencionales no son tan simples ni directos como se podría pensar, pues se remiten de alguna manera al parecido natural y dependen de asociaciones culturales. Son características arbitrarias emparentadas directamente con el hacer del hombre. Y puesto que el simbolismo convencional permea el arte figurativo, de no cumplirse tal premisa disminuye su valor y queda desprovisto de su sentido esencial.

En cuanto a la entidad explícita, un excelente ejemplo puede ser la preocupación concreta del arte por ordenar las experiencias y la disposición de ese acomodo desprovisto de juicios abstractos, y formular una manera sucinta y concreta capaz de referirse a los diferentes órdenes de experiencias que el hombre encuentra: natural, animal, mítico, social y psicológico.

El arte también puede referirse a una sensibilidad realista a través de los sentidos, con una visión sustentada en bases subjetivas, pero con una impresión integral opuesta radicalmente a la visión moderna, poblada de fragmentos. Modernismo que a momentos causa angustia, desconsuelo, pena, porque vivimos una era de racionalismo que se caracteriza por la abstracción, que conduce a la relación con el lenguaje científico. Un lenguaje que tiene el mismo valor que el ordinario, ya que no emplea la interpretación. La ciencia no puede ser ambigua; cada símbolo significa un concepto indiscutible, irrefutable, probado. Y por ello eliminar la vaguedad resulta un paso decisivo en la construcción del mundo real.

Esto nos permite recordar que hemos llegado al principio del fin de otra era: el fuego viejo será sustitui-

do por el fuego nuevo; como el tiempo circular de los mexicas, donde las brasas y las cenizas son signos del cambio, pues para renacer tenemos que morir. Naturaleza que nos remite al arte como afán de supervivencia.

Estoy cierta de que ahora esta labor se vuelve más decisiva, pues con nuestro trabajo podemos contribuir, en primer término, a generar disfrute estético y felicidad, y enseguida a testificar la congruencia entre lo que creemos y lo que hacemos. Dicho en otra forma, igualar la palabra con la acción. Por ello debemos ser lo que pensamos y también asumirnos como seres sensibles, concedores de un oficio, de un arte y, por lo mismo, enunciar siempre la verdad, expresarla vivamente. Es imposible crear si no es con intensidad y rectitud. ■

www.marthachapa.com.mx
enlachapa@prodigy.net.mx



Rubén Maya